

LOS DOLORES DE LA VIRGEN

PRIMERA MEDITACIÓN

A. Primer dolor: «*La profecía del anciano Simeón*»

Queridos hermanos en este retiro espiritual meditaremos sobre los dolores padecidos por María, siguiendo, las reflexiones que hace San Alfonso en el libro *Las Glorias de María* (libro que demoró 16 años en escribir). En esta primera meditación a considerar los tres primeros dolores, de los cuales el primero es: La profecía del anciano Simeón

1. *María conoce sus futuros padecimientos*

En este valle de lágrimas todo hombre nace llorando y tiene que padecer los males que cada día le sobrevienen. Pero mucho más penosa sería la existencia del ser humano, si cada persona supiera de antemano los males que le van a sobrevenir en el futuro.

Bien decía el filósofo pagano Séneca: «muy angustiosa sería la situación del que conociera su propio futuro; porque antes de que le llegasen las miserias ya se encontraría muy triste».

Por eso el Señor tiene esa delicadeza, con cada uno de nosotros al no dejarnos conocer las cruces que nos esperan, para que, si las tenemos que padecer, las padezcamos sólo una vez.

Sin embargo, no tuvo la misma consideración con la Virgen María, la cual –porque Dios la quiso reina dolorosa y en todo semejante a su Hijo – quiso que tuviera siempre ante sus ojos, y, por lo tanto, que sufriera continuamente todas las penas que le esperaban en el futuro.

Y ¿cuáles fueron estos sufrimientos que la Virgen conoció de antemano? Estos dolores fueron los de la Pasión y Muerte de su amado Jesús. Y esto sucedió cuando el santo anciano Simeón en el templo, después de haber recibido en sus brazos al Niño Jesús, le predijo a la Virgen que aquel Hijo suyo tenía que:

- **(Lc 2, 34)** ser el signo de todas las contradicciones y persecuciones de los hombres:
«*Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y como signo de contradicción*»;
- **(Lc 2, 35)** y, que, por esto mismo, la espada del dolor debía atravesar el alma de María:
«*Y a ti misma una espada te atravesará el alma! a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones*».

Dijo la Virgen a Santa Matilde que, ante semejante anuncio del anciano Simeón, toda su alegría se volvió tristeza. Porque como le fue revelado a Santa Teresa, la Madre bendita, aunque sabía desde el principio que su Hijo iba a ofrecer el sacrificio de su vida por la

salvación del mundo, sin embargo, desde esa profecía conoció en particular y más en detalle las penas de la vida y la muerte despiadada que le esperaban a su amado Hijo, es decir:

- Conoció que a Jesús lo iban a contradecir en todo; por ejemplo, en la doctrina, porque en vez de creer a Jesús lo tuvieron y condenaron por blasfemo como lo declaró el impío Caifás cuando dijo (**Mt 26, 66-67**): *«Ha blasfemado, es reo de muerte»*.
- Conoció que lo iban a despreciar considerándolo un simple trabajador, a pesar de ser *«el Rey de reyes y el Señor de señores»*, como sucedió con sus conocidos en Nazareth que decían (**Mc 6, 3**): *«¿No es éste el carpintero, el hijo de María?»*.
- Supo la Virgen María que, siendo Jesús la misma sabiduría iba a ser tratado:
 - de ignorante (**Jn 7, 15**): *«¿Cómo es que éste sabe de letras si no ha estudiado?»*;
 - de falso profeta (**Lc 22, 64**): *«Y cubriéndole con un velo, le preguntaban: ¡Adivina! ¿Quién es el que te ha pegado?»*.
- Supo la Virgen que a su hijo Jesús lo iban a descalificar de la peor manera, inventando todo tipo de calumnias, como cuando
 - lo trataron de loco (**Jn 10, 20**): *«Está loco; ¿por qué lo escuchan?»*.
 - O como cuando lo trataron de borracho y glotón y amigo de pecadores y publicanos (**Lc 7, 34**), como les reprochaba Jesús: *«Ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: “Abí tenéis un glotón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores»*.
 - O como cuando lo trataron de brujo o hechicero (**Mt 9, 34**): *«Hecha los demonios con el poder de los demonios»*;
 - Y hasta lo acusaron de que estaba endemoniado (**Jn 8, 48**): *«¿No decimos con razón que eres un samaritano y que tienes un demonio?»*.
- En suma, la Virgen conoció de antemano que Jesús iba a ser tenido por un grande y peligroso criminal, de tal manera que, según sus acusadores, no necesitaba proceso para condenarlo, como le gritaron a Pilato (**Jn 18, 30**): *«Si éste no fuera un malhechor (= criminal), no te lo hubiéramos entregado»*.

La Virgen Madre, además conoció de antemano, que su Hijo Jesús también se iba a ver muy **afligido en el alma**, sobre todo cuando el Padre Eterno, no atendió la oración que le dirigió Jesús en el huerto de Getsemaní, cuando le rogó (**Mt 26, 39**): *«Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz»*; por lo cual en medio del temor, del tedio y la tristeza, Cristo exclamó (**Mt 26, 38**): *«Triste está mi alma hasta la muerte»*; y, abrumado de angustia llegó a **sudar gruesas gotas de sangre** que caían hasta el suelo. Y, luego, en el Calvario, colgado en la Cruz, mientras pasaba por la desolación más grande de toda la historia, llegó a gritar: *«Elí, Elí, lemá sabactaná»*, que quiere decir: *«Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?»*.

La Virgen María supo que además de ser contrariado y perseguido a lo largo de su vida, también Jesús **iba a sufrir en todo su cuerpo**, que iba a ser atormentado en todos sus sagrados **miembros**: en las manos y en los pies, en el rostro y en la cabeza, en su espalda

y en lo más profundo de su corazón, en todo su cuerpo, hasta llegar a morir, desangrado y denigrado, en el vil madero de la Cruz.

La Virgen Madre conoció todo esto y lo conoció de **antemano** a partir del anuncio del anciano Simeón.

2. María vivió una continua inmolación

De hecho, la misma Virgen María le reveló a Santa Brígida que no hubo una hora en que no le **traspasara** este dolor. *«Cada vez que miraba a mi Hijo, cada vez que lo envolvía en pañales, cada vez que contemplaba sus manos y sus pies, se renovaba en mi alma un nuevo dolor al pensar en los clavos que los habían de traspasar en el momento de la crucifixión».*

Es más, la Virgen le manifestó a la misma Santa, que al saber cuánto tenía que padecer su Hijo, cuando: «lo alimentaba, pensaba en la hiel y el vinagre; cuando lo envolvía en pañales pensaba en las sogas con que lo habían de maniatar; cuando lo llevaba en brazos se lo imaginaba clavado en la cruz; cuando lo veía dormido recordaba que un día estaría muerto».

Y, también que: «siempre que le vestía su túnica se acordaba de que un día se la habían de arrancar para crucificarlo».

Dijo María a Santa Brígida: *«Mis ojos se llenaban de lágrimas y mi corazón se estremecía de dolor».*

3. María aceptaba con fortaleza el sufrimiento progresivo

Dice el Evangelista San Lucas que Jesús, conforme crecía en edad, así también crecía en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres (**Lc 2, 52**).

Si crecía Jesús en la **estima** y **amor** de la gente, cuánto más crecería en la estima y amor de la Virgen María. Pero al mismo tiempo que en el alma de la Virgen crecía el amor, al mismo tiempo más se acrecentaba el **dolor** de tenerlo que perder con una muerte tan cruel; y cuanto más se acercaba el tiempo de la Pasión de su Hijo, tanto más y con mayor dolor aquella espada profetizada por Simeón atravesaba el corazón de la Madre. Así lo afirma Santa Brígida: «Conforme el Hijo se aproximaba a la pasión, aquella espada de la Virgen, cada hora, se hacía más dolorosa».

Nosotros

Queridos hermanos, una aplicación, si nuestro Señor Jesucristo y su Madre santísima no rehusaron padecer **por amor a nosotros** a lo largo de la vida un sufrimiento tan cruel, como fue el conocer de antemano y con todos los detalles los sufrimientos que les esperaban, nosotros no tenemos derecho a lamentarnos por nuestros padecimientos, que son ciertamente mucho menores.

Jesucristo se le apareció a sor Magdalena Orsini, religiosa dominica, mientras sufría desde hacía tiempo una gran tribulación, y la animó a permanecer en la cruz con Él soportando aquel dolor. Sor Magdalena, lamentándose, le respondió: «Señor, tu sólo sufriste en la cruz tres horas, pero yo llevo años con esta tortura». Y entonces el Redentor

le replicó: «¿Qué dices? Yo desde el primer instante de mi concepción sufrí en el corazón lo que después en la cruz padecí en el cuerpo».

Por eso, cuando nosotros tengamos que padecer cualquier aflicción y por nuestra debilidad nos lamentemos al Señor, imaginémonos que también Jesús nos dice lo mismo: «Yo desde el primer instante de mi concepción sufrí en el corazón lo que después en la cruz padecí en el cuerpo».

Por eso, siempre tenemos que pedir a Nuestra Señora de los Dolores, que nos conceda la gracia de entender que nuestros sufrimientos son nada en comparación con sus sufrimientos y los sufrimientos de Jesús y de María.

B. Segundo dolor “La huida a Egipto”

En el **segundo dolor**, vamos a considerar: **La huida a Egipto**

1. *María, compañera del dolor*

De la misma manera que una **cierva**, cuando es herida con un flechazo, lleva su dolor a donde va con la flecha que la hirió, así la Madre de Dios, después de la profecía de Simeón, como hemos considerado, de la misma manera, la Virgen María como una cierva herida, **llevó siempre consigo su dolor** con el recuerdo continuo de la Pasión de su Hijo, como una flecha que atravesó su corazón.

Escribía San Alfonso: «Tu mente, María, y tus pensamientos estaban teñidos con la sangre de la Pasión del Señor, de tal manera que veías constantemente manar la sangre de las llagas de Jesús».

El mismo Hijo Jesús era la saeta, es decir, era la flecha clavada, era la flecha que la hería, en lo más profundo del corazón de la Virgen María, porque cuanto más lo contemplaba y cuanto más bueno y amable se le mostraba Jesús tanto más la hería con **el dolor de tenerlo que perder**, y, sobre todo, de tener que perderlo con una muerte tan cruel y tan despiadada.

Ahora, consideramos el segundo dolor que hirió el corazón de la Virgen y que sucedió en lo que conocemos como “la huida a Egipto”, viaje que tuvieron que emprender José, María y el Niño, por la persecución del rey Herodes.

Cuando el Herodes se enteró de que había nacido el Mesías, temió estúpidamente que Jesús le iba a arrebatar su reino. El inicuo Herodes esperaba que los Reyes Magos le trajeran noticias de dónde había nacido el Rey-Mesías a fin de quitarle la vida; pero al verse burlado por los Reyes Magos, ordenó la matanza de todos los niños de Belén, los Santos mártires Inocentes que recordamos todos los 28 de diciembre.

Por eso el ángel se apareció en sueños a San José y le ordenó (**Mt 2, 13**): «*Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto*». Y, **aquella misma noche** San José avisó a la Virgen María y tomando al Niño emprendieron la huida. Como dice el Evangelista San Mateo (**Mt 2, 14**): «*El cual, levantándose, tomó al niño y a su madre de noche, y huyó a Egipto*».

San Alberto Magno reflexionaba que la Virgen María en esas circunstancias había dicho: «*Oh Señor, ¿tiene que huir de los hombres el que ha venido a salvar a los hombres?*». ¡Qué **paradoja**! ¡Qué locura! ¡Qué misterio! ¡El que vino a salvar a los hombres, tiene que huir de los hombres!

2. María en camino al destierro

Dice San Alfonso que cada uno tiene que considerar en su corazón, por medio de la contemplación, cuánto sufrió la Virgen María en este viaje, en esta huída... dice el Santo:

- Era grande la **distancia** hasta Egipto, por lo cual el viaje tuvo que durar muchos días.
- El **camino** era escabroso, desconocido y poco frecuentado.
- El **clima**, desapacible, es decir, duro, áspero, como todo clima desértico: caluroso de día, frío de noche.
- Con los **peligros** propios de esos caminos, y con los peligros del mismo desierto, que era el lugar donde habitaban animales salvajes, como narra el Evangelista San Marcos al contar las tentaciones de Jesús en el desierto, **(Mc 1, 13)**: «*Y se quedó en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás; y estaba entre las fieras*».
- María era una **joven doncella**, simple, pero delicada como toda mujer, y por lo tanto alguien que no estaba acostumbrada a semejantes viajes.
- No tenían sirvientes que los atendiesen. La Sagrada Familia **era pobre**, por eso ellos mismos eran sus propios sirvientes, como dice San Pedro Crisólogo: «¡Oh Señor, cuánta lástima nos da contemplar a tan tierna virgencita llevando en brazos a aquel niño recién nacido que andaban **huyendo por el mundo**!». ¡HUYENDO! ¡ESCAPANDO POR EL MUNDO!

Así andaba errante por el mundo la Sagrada Familia, como gente vagabunda.

3. María con José y su Hijo en Egipto

Luego del largo viaje, llegaron a Egipto y allí tuvieron que vivir en medio de estrecheces, penurias y no pocas dificultades durante aquellos años.

Eran extranjeros, eran unos forasteros desconocidos, sin rentas, sin dinero, sin trabajo estable, sin hogar, sin amigos y sin parientes.

Apenas podían sustentarse con sus modestos trabajos.

Dice San Basilio: «Como eran pobres, es evidente que tenían que ganar lo necesario para la vida con el sudor de sus frentes».

Y es opinión de muchos, – y sirva esto para consuelo de los pobres – «que María y José eran tan pobres en Egipto que algunas veces pasaron hambre, incluso sin tener alimento para darle al Niño Jesús».

Esto **nunca lo tenemos que olvidar**, sobre todo cuando tengamos que pasar por alguna dificultad o estrechez económica, o cuando nos falte algo que otros tienen y nos gustaría tener... nunca tenemos que olvidar que **Jesús, María y José fueron mucho más pobres que nosotros. ¡MUCHO MÁS...!**

Refiere San Mateo que, muerto Herodes, de nuevo **se le apareció en sueños el ángel a San José** y le dijo que volviera a Judea (**Mt 2, 20-21**): *«y le dijo: -Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel; porque han muerto ya los que atentaban contra la vida del niño. Se levantó, tomó al niño y a su madre y vino a la tierra de Israel»*.

Reflexionando San Buenaventura sobre este viaje de regreso de Egipto a Israel, piensa el Santo que la Santísima Virgen **padeció más en este segundo viaje de regreso, que en el primero de la ida**, y lo afirma al pensar en el cansancio que debió sufrir el niño Jesús, que para esos tiempos debería tener unos seis o siete años, por lo cual, ya era lo suficientemente grande como para no poder llevarlo en brazos, pero, al mismo tiempo, era tan pequeño que le resultaba muy difícil caminar por sí solo semejante cantidad de kilómetros. Por lo cual, todas estas dificultades hicieron que el viaje de regreso fuera mucho más mortificado, cansador y difícil que el primero, donde Jesús era un niño recién nacido.

Nosotros

Al contemplar el misterio de la huida a Egipto, viendo a Jesús, a María y a San José andar por el mundo como errantes y fugitivos, nos tiene que ayudar a tomar conciencia de que nosotros también tenemos que **vivir en la tierra como peregrinos**, sin apegarnos a los bienes que el mundo ofrece, como quienes pronto lo tendremos que dejar todo y pasar a la vida eterna. Como dice la Carta a los Hebreos (**Heb 13, 14**): *«No tenemos aquí ciudad permanente, sino que anhelamos la futura»*.

También, la contemplación de este misterio y del dolor de la Huida a Egipto, nos tienen que enseñar a aceptar y a abrazar la cruz, pues, como bien sabemos no se puede vivir en este mundo sin cruces.

C. Tercer dolor «El Niño Jesús perdido en el Templo»

Pasamos a considerar el **tercer dolor: El Niño Jesús perdido en el Templo**.

1. María sufre la pérdida de su Hijo

Escribe el Apóstol Santiago que nuestra perfección consiste en la virtud de la paciencia (**St 1, 4**): *«La paciencia produce la obra perfecta»*. Ahora bien, sabemos que el Señor nos dejó a María Santísima como ejemplo de perfección, por lo tanto, fue necesario que la colmase de sufrimientos para que así nosotros pudiéramos admirar e imitar la **heroica paciencia** de la Virgen María.

Esa virtud difícil que es la paciencia. Paciencia que como decía un viejo predicador, no viene con los años, sino que con los años perdemos más fácilmente la paciencia... Virtud

difícil, pero no imposible, sobre todo teniendo los mejores ejemplos de paciencia de Jesús en su Pasión y de la Virgen María en sus dolores.

Entre los mayores sufrimientos que la Madre de Dios padeció en su vida estuvo el que ahora vamos a meditar, es decir, el de la pérdida de su Hijo en el templo.

Narra San Lucas, que la Virgen María, San José y el niño Jesús acostumbraban visitar el templo para la solemnidad de la Pascua, y que lo mismo hicieron cuando Jesús tenía 12 años, fueron a Jerusalén para la Fiesta de Pascua, como era costumbre; pero en esa ocasión, cuando todos regresaron, Jesús se quedó en el Templo.

En esos tiempos, para realizar un viaje largo se organizaban caravanas, para ir más seguros, más protegidos, ayudándose unos a otros. Además, por cuestiones de cultura, los hombres iban solos en un grupo, y por otro lado las mujeres también iban en grupo, (y también los niños harían su grupo), es por eso que durante el camino la Virgen María pensaba que el Niño iba con San José y San José pensaba que el Niño iba con la Virgen María, o también en el grupo de los niños. Cuando la caravana se detuvo para descansar durante la noche, al encontrarse San José y la Virgen se preguntaron por el Hijo, y al no encontrarlo, en ese mismo instante comenzaron presurosos el regreso a Jerusalén para buscar a Jesús. Y no lo encontraron sino después de tres días.

Contemplando estos misterios San Alfonso, comenta que en aquellas noches la afligida Madre no durmió, llorando y suplicando a Dios que le hiciese encontrar a su Hijo.

2. María padece la mayor amargura

Hay quien dice que este dolor de María está no sólo entre los mayores que sufrió, sino que fue **el más grande y amargo de todos**, y hay motivos para afirmarlo.

El **primer motivo** es, porque en los otros dolores María tenía consigo a Jesús. Padeció con la profecía de Simeón en el templo y en la huida a Egipto, pero siempre con Jesús; pero en este dolor padeció **lejos de Jesús**, sin saber dónde estaba. Como reza el Salmo (**Sal 37, 11**): *«Me falta la luz de mis ojos»*.

¡Qué largos se le hicieron esos tres días a la Virgen! Le parecieron tres siglos. Parecido a lo que sucede en la actualidad, cuando desaparece un niño, los sufrimientos de la madre, de la familia, ¡cuánta desesperación! ¡cuánta angustia! se acude a los medios de comunicación, inmediatamente una campaña, todos piensan y, **se imaginan lo peor**, cada minuto que va pasando es una eternidad...: “¡Hijo si estás por ahí envíame un mensaje... por favor!”. Son imágenes desgarradoras...

Por eso los tres días de la pérdida de Jesús fueron **días eternos y amargos**, sin que nadie pudiera consolar a la Virgen María, como si Ella misma dijera con el profeta Jeremías: *«¿Y quién podría consolarme si el único que puede consolarme está lejos de mí? Por eso no se cansan de llorar mis ojos»*.

3. *María desconoce la causa de la ausencia de Jesús*

El **segundo motivo** para entender que este dolor fue **el más grande y amargo de todos** es que, en los demás dolores María entendía la razón y el fin de esos sufrimientos, es decir, eran sufrimientos para la salvación del mundo y para cumplir con la voluntad de Dios Padre; pero en este caso la Virgen María no sabía el: “¿por qué?” ¿Por qué la ausencia de su Hijo? ¿Qué sucedió? ¿Por qué?

Se dolía la desconsolada Madre al verse alejada de Jesús, a la vez que su **humildad**, dice Lanspergio, le hacía pensar que Ella no era suficientemente digna de tenerlo a su lado para cuidarlo. Podemos pensar que durante esas horas la Virgen María en su humildad se haría muchas preguntas, como éstas:

- ¿Será que no le he atendido como se merecía?
- ¿Será que habré cometido alguna negligencia por la cual nos ha abandonado?

Dice Orígenes, que la Virgen y San José buscaban a Jesús temerosos de que los hubiera dejado. Y, ciertamente, no hay sufrimiento más grande para un alma que ama a Dios que el temor de haberlo disgustado.

Por eso, la Virgen María en ningún otro dolor se lamentó como en éste, quejándose amorosamente cuando al encontrar a Jesús le dijo (**Lc 2, 48**): «*Hijo, ¿**POR QUÉ** nos has hecho esto? Tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando*». Con estas palabras María no quiso reprender a Jesús, como dijeron algunos herejes, sino que quiso manifestarle el dolor que había sentido por su pérdida teniéndole el amor que le tenía. No era reproche, era una queja de amor.

¿Por qué nos has hecho esto?... angustiados, te andábamos buscando ¡QUEJA DE AMOR! Queja que nos manifiesta ese inconmensurable dolor interior, esa espada de dolor que atravesó el corazón de la Virgen por haber perdido tres días a Jesús.

4. *María es ejemplo en la desolación al sufrir el silencio de Dios*

Enseña San Alfonso que la contemplación de este dolor de María **sirve de consuelo a quienes están desolados** y ya no gozan esa dulce presencia del Señor que en otro tiempo sintieron, o ya no sienten fervor en el seguimiento de Cristo.

Dice el Santo, en los momentos de prueba, de desolación: «Lloren, sufran, sí, pero con **paz**, como lloraba María la pérdida de su Hijo. Cobren ánimo y no teman haber perdido la gracia de Dios, o que Dios los ha abandonado”.

Y Orígenes escribía: «Aprende de María a buscar a Jesús». En las buenas y en las malas, cuando las cosas van bien y cuando las cosas van mal, en la consolación y en la desolación.

Queridos hermanos, la contemplación de este misterio también nos enseña que el único bien que debemos buscar es Jesús. ¡BUSCAR A JESÚS!

Cuando Job perdió todo lo que poseía: hacienda, hijos, salud y honra, hasta llegar a tener que sentarse en un basurero, como tenía a Dios, todo lo sufría en paz. Dice San Agustín

hablando de Job: «Perdió lo que le había dado Dios, pero tenía a Dios. De verdad son infelices y desdichados quienes han perdido a Dios».

Si María lloró durante tres días la pérdida de su Hijo, con cuánta mayor razón deben llorar **los pecadores** que han perdido la gracia de Dios por el pecado mortal, que separa al alma de Dios, el tesoro más grande. Por eso San Francisco de Asís en sus largas noches de oración rezaba y repetía una y otra vez: «Mi Dios y mi todo».

Pidamos a Nuestra Señora de los Dolores, que nos conceda la gracia de **sufrir en paz** en medio de nuestras desolaciones, aun cuando nos parece que Dios se nos esconde, también pidamos la gracia de **vivir siempre en gracia** de Dios para nunca perder la presencia de Jesús en nuestras almas.

Bendita sea la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre.